



Andreu, Jorge (2016), *La mirada afónica*, Sevilla, Ediciones en Huida, 64 pp.

ÁLVARO LÓPEZ FERNÁNDEZ

(alfernandez@ucm.es)

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

La perspectiva de un escenario tan conocido como nuestro dormitorio puede cambiar enormemente si se examinan sus contornos bocarriba. El cine nos ha dado buenas muestras de ello. La película de Jean-Pierre Melville *Le samourai* (1967), subtitulada con fortuna en español *El silencio de un hombre*, se abre, por ejemplo, con un plano fijo de una habitación austera, con las paredes algo desgastadas. A la derecha un hombre trajeado fuma tumbado sobre la cama mientras se suceden los títulos de crédito. En el centro de la sala capta nuestra atención la cantarina jaula de un pájaro, alrededor de la cual se extienden dos largos ventanales. El humo del cigarro poco a poco se concentra y azulea sobre la luz blanquísima que estos reflejan, apenas interrumpida por pequeñas sombras que cruzan el techo donde mira el hombre, quien permanecerá impasible durante más de dos minutos. Todos estos elementos generan una sensación de sosiego, favorecida por un rumor continuo, como de olas rompiendo en la orilla. El espectador advertirá en la siguiente escena, sin embargo, que esa marea que había adivinado no es sino el tráfico de París y las sombras de arriba los cientos de coches que la transitan. A Melville le ha bastado hacer coincidir en lo difuso el ruido del mar con el ruido de la urbe para transmitirnos el carácter esencial y el espacio de actuación de su hombre silencioso.



Es muy significativo que el anterior libro del poeta Jorge Andreu¹ (Cádiz, 1990) se orientara a la evocación *Del mar y sus vestigios* (2013), pues ni siquiera como recuerdo alcanzarán sus aguas los parajes y las arquitecturas cotidianas que contiene su nueva creación, *La mirada afónica*. Conviene dejar claro desde el principio que, lejos de responder a un mero juego sinestésico, esta afonía del título se revela como un estadio *real* (pues toma fuerza en los avatares más prosaicos y amargos de la realidad) que modula si no ahoga la forma de entender el mundo de una «voz» poética que clama, denuncia, se revuelve..., pero hacia adentro, irremediabilmente limitada a unas líneas de texto. De este modo, el registro formular de la burocracia a la hora de pedir trabajo, la tentación de sucumbir a los rigores de una gran empresa o la sensación casi chaplinesca que suscitan estos códigos de (des)empleo contemporáneos se cuelan con mordacidad entre los cuadros líricos, tomados a pie de calle, que dibuja Jorge Andreu. Y es en este punto cuando no pocas metáforas de *La mirada afónica* avanzan en la misma línea sutilísima de Melville.

Sucede así en la composición «El sueño eterno», cuando el poeta, desvelado de madrugada, disipa «esa angustia creciente,/ tostada bajo un techo que conserva el calor,/ de una tarde tendida al rojo vivo» (p. 35). Son apenas tres versos, y sin embargo el procedimiento de *tostar* la angustia sobre los ojos provoca que esta adopte un color imaginario hasta quemarse, hasta que su alucinado ennegrecimiento se confunde con el tono habitual del techo, cenizas de la pasión y la luz que el poeta re-crea ahora como un fuego horizontal al fijar el texto, el primero de la sección «El frío». Andreu ha convertido de pronto la habitación en un horno vallejiano para los golpes, tan fuertes, del día a día; un horno que crepita como la angustia acaso hace que su garganta jadee en la sombra, en contraste con «el suave respirar del cónyuge». Todo para volver a la labor central de la escritura («malditos sueños de colores vamos,/ maldita oscuridad del papel») en un juego de alturas y contraposiciones –techo blanco en folio negro– que no da de comer, pero que deja, como dirá en otro poema, «ese temblor absurdo de la noche/ que nos asalta si hemos de escribir/ nuestra mejor idea antes de que se esfume» (p. 13).

¹ A pesar de su juventud, Jorge Andreu cuenta con dos libros en su haber además del reseñado, *100 versos de amor* (2012) y *Del mar y sus vestigios* (2013). Ha participado en numerosas antologías y revistas literarias y ha recibido los premios «María Agustina» (2012) y «Versos en el Aire» (2012), así como la mención de finalista en el II Premio «Miguel Gutiérrez García» (2012).

A medida pasan las páginas de *La mirada afónica*, Andreu, que ya cuenta –y se nota– con tres poemarios a sus espaldas, se revelará como uno de esos templados compiladores capaces de decir más en menos, a través de una cuidada elección léxica y de una retórica ágil de combinaciones sensoriales. Estas destacan, de hecho, sobre cualquier otro recurso en las varias estampas figurativas que percuten el poemario. Reproduzco para ejemplificarlo la obertura tan ambiental de «Las campanas» donde, a partir de la intuición de los tañidos, seguimos con sarcasmo el recorrido purificador de la luz-agua-música desde la torre de una plaza –suma imagen de lo sacro– hasta el yermo ruidoso y mundanal de sus parroquianos:

Están tocando a misa y yo no me lo creo.

Su canto rueda alegre por la torre,
gotas de sol sonoras
que se descuelgan poco a poco
sobre la inmensa coronilla
de los fieles... (p. 19).

De toque a toque. De acuerdo a la organización interna del libro, en las antípodas exactas de este poema, el titulado «Por quién doblan las campanas» da la réplica a la anterior escena y a sus caricaturescos pobladores gracias a la proyección de otra suerte más noble de personajes costumbristas por medio de deícticos: el narrador los señala y nuestra lente textual los concibe, los sitúa y los enfoca. «Pongamos un ejemplo:/ ese niño que corre detrás de una pelota/ aún no tiene prisa», «¿Y el individuo aquel?! Camina lentamente/ apoyado en una brazo de madera» (p. 56). El último en aparecer constituirá un remedo del propio poeta («será que me parezco a aquel señor/ y las campanas/ de este mundo acelerado a destiempo/ también doblan por mí»), lo que además de enlazar con su descreimiento inicial para con la llamada a misa en «Las campanas», destapa uno de los motivos vehiculares de *La mirada afónica* (así como otra razón de su afonía): la identidad desdoblada de la voz enunciativa.

«Je est un autre», sentenciaría Rimbaud, pero en este caso el *je* y el *autre* se materializan con resabios cinematográficos en un mismo lugar de creación. El libro comienza, de hecho, en tales coordenadas («Os contaré un secreto:/ el hombre este que escribe [...] este hombre no soy» [p. 13]) y sin trauma pero con continuidad regresará a ellas, evidenciando la imposibilidad de congeniar la idea inmaculada del Poeta y su realización en la persona del Jorge Andreu menos artístico, pero hábilmente caracterizado –y volvemos al título– como «observador». Por suerte para el lector, el contraste entre

sus dos personalidades, físicamente representadas en el texto, no rehúye de esa comicidad autoconsciente que permea todo el poemario, por ejemplo cuando se contraponen la fascinación hacia la belleza por parte de ese Jorge a la luz («Miradlo: ahí sentado frente al grifo») al que «le duelen los demás» (p. 13) frente al gusto de aquel otro Jorge, mucho más exuberante en su descripción, por «los sudores del gimnasio,/ la atroz velocidad de los ciclistas,/ las máquinas de tríceps (ese extraño prodigio/, no sé decir si de escultura o de ingenieros,/ con esos cuernos que las acercan a la política)», y que juzga al primero a escondidas mientras bebe una isotónica. ¿Cuántos otros coqueteos narrativos con lo fantástico como este uso del *Doppelgänger* se han producido en la poesía española reciente? Se cuentan con los dedos de una mano.

La estructura, bien trabada, de *La mirada afónica* estará marcada de igual modo por la recurrencia al binomio. En forma de retablo, este se divide así en cinco partes («El secreto», «La mirada», «El frío», «La afonía», «El secreto compartido») no plenamente autónomas, pues cada una se ha de completar con la correspondiente al otro lado de «El frío», que preside con tonos de violín la estación del poemario. La dependencia se contagiará a ciertas composiciones sueltas que presentan una segunda parte («Almas grises», «Lo imposible») donde se recrudescen sus sentidos y les dota de una calculada simetría —que llega a su punto álgido en los dos «secretos» de apertura y cierre—. Como sea, donde mejor se refleja y donde mejor se resuelve esta dualidad de sentidos es en la capacidad de Jorge Andreu para filtrar sin presunciones el homenaje cultural (los títulos de todos los poemas juegan con referencias a libros o películas memorables) en la confianza reconocible de lo cotidiano, para depurar la reflexión ensimismada en tonos sencillos o, mejor dicho, de una simulada sencillez. No en vano, igual que Melville en su arranque de *El silencio de un hombre* se valió del canto de un pájaro para instar al espectador a imaginar gaviotas sobre el mar, Jorge Andreu, a la zaga en lo artificioso, camufla versos de heptasílabo y endecasílabo tendencia («Y lo dice sin más, aunque no escuches/ su aliento en el cerrojo» [p. 21]) en las secciones presuntamente más antirretóricas de su discurso y no relaja ni por un segundo el ritmo modular de su batuta. Bien sabe el autor, de formación pianística y filológica, que la naturalidad —como ilusión— estriba en la armonía acentual y a ese empeño se orienta todo el poemario; busca hacerse entender y que no se noten las costuras del proceso, que nada interrumpa la claridad.

La mirada afónica, al fin y al cabo, se dirige a una mayoría inteligente. Y para ello no va a desechar el empleo puntual de los moldes de cantautores de oído fino y lengua punzante como Javier Krahe, el tono confesional de la poesía de la experiencia, o ciertas vetas de una poesía social en tanto que apela a su condición desde el marco de la precariedad general (post)universitaria («esta absurda exigencia/ de ofrecer un servicio que nadie reconoce/ y todos quieren igualar/ a la reparación de un electrodoméstico» [p. 50]). No obstante, el discurso crítico sobre la contemporaneidad, pertrechado de una ironía lúcida, con toques de viñetista, aparece bien diluido entre sus versos libres (atrás quedan los ejercicios sonetísticos que poblaban sus anteriores poemarios), incluso en aquellas partes más sugestivas. Se asemeja más a una forma de mirar, de afrontar su responsabilidad de decir algo al respecto. Dicho ánimo lapidario adquiere su mejor resultado en los últimos tres o cuatro versos de los poemas, pues el autor suele enfrascar su conclusión en tonos ásperos y sombríos, como si el final respondiera a una variación empozada y más desengañada del asunto. Un hachazo tras la melodía. Véase a este respecto la descripción postrera de la misa en «Las campanas» («Este circo de leones/ y candelabros macizos/ que brillan por la ausencia de quien manda» [p. 20]) o el crudo cierre del poema «El lobo estepario» («No sabes si, al marcharte,/ al filo de tu abrazo/ había una porción de despedida» [42]).

No sucede así en la última composición, cuando se comparte el secreto, pues – como era de esperar– se apunta a la reconciliación entre un Jorge y el otro, merced a un aplauso final anticipado por parte «de aquellos entusiastas que aún esperan/ tal vez algo de mí» (p. 63) que los unifica en su recepción. «Mi voz se quiebra/ cuando te llamo/ y tu nombre/ se vuelve hiedra», interpretaba hasta desgañitarse Camilo Sesto en la canción «Algo de mí». Valga su recuerdo como tono para los créditos finales de este libro de Jorge Andreu alrededor del cual –lo entendemos ahora– sobrevuela una pregunta esencial de la que el mundo académico lamentablemente se ha desvinculado: ¿Qué puede aportar un poeta a la realidad actual? Si atendemos a la veintena de poemas que componen *La mirada afónica* la respuesta habría de relacionarse con la (alta) sensibilidad, con las vías de trascender lo cotidiano, de evocar en pocos versos múltiples sentidos (hacer llegar el mar a París). Nada más intuitivo.

Y sin embargo, cualquier lector o crítico avezado en la poesía reciente habrá advertido que Jorge Andreu supone una *rara avis* en el panorama nacional. En estos

Cuadernos de Aleph, 2017. Reseñas

meses, con la etiqueta «poesía» en boga como valor editorial, muchas contraportadas han hablado de autores accesibles, de clara voz, que dejan a su paso un reguero de apuntes agudos e interesantes para el lector perspicaz. Con *La mirada afónica* hubieran acertado. Definitivamente Jorge Andreu *est un autre*.